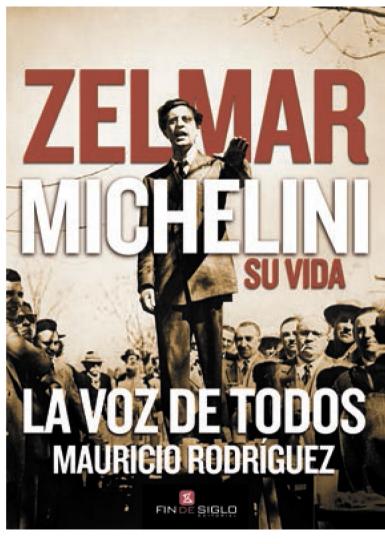
l jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 |

ADELANTO EXCLUSIVO

LIBRO DE ZELMAR MICHELINI







"Encender el futuro con unas pocas brasas"

Se acaba de editar el libro biográfico de Zelmar Michelini: "La voz de todos", de nuestro compañero de redacción Mauricio Rodríguez. Damos a continuación un adelanto exclusivo de esta obra imprescindible de la historia nacional.

Los orígenes: la raíz batllista

En 1944 Zelmar Michelini tenía poco más de 20 años cuando su equipo de la Liga Universitaria, el Potosí Carrasco, fue invitado a jugar un partido amistoso de fútbol en Rivera. El viaje se transformó inesperadamente para él en una experiencia que le permitió observar muy de cerca la dura vida de las ciudades del interior. No demoraría en mostrar su sensibilidad ante las angustias del trabajador rural y, por extensión, de los más desvalidos, una característica que no abandonaría ni aun en las horas más difíciles de su vida. Zelmar y sus compañeros futbolistas viajaron en tren y se eligió como fecha para el encuentro el 25 de agosto, de forma de usufructuar de la meior manera posible las bondades del feriado nacional. Esa patriótica tarde el Potosí, a pesar de un buen desempeño de Zelmar, perdió 3 a 0. Pero él se trajo algo más que una derrota deportiva. Apenas regresó a Montevideo le comentó a su novia –y futura esposa–, Elisa Delle Piane, que le habían impactado profundamente la miseria y el dolor silencioso del hombre de campo. Zelmar había nacido y crecido en un hogar de profundas convicciones batllistas, las mismas que llevaron a Luis Batlle Berres –histórico dirigente colorado y presidente del Uruguay en 1947- a afirmar en una oportunidad: La paz puede ser alterada por la injusticia y por la opresión. El que padece es un resigna-

no se hace con ninguno de estos dos hombres. Los pueblos deben palpar los beneficios de la existencia de la Democracia: los poderosos gozando de la libertad y de la justicia, y los necesitados, de la libertad, igualmente, pero también de la justicia, que ha de llegar hasta ellos sin demora, dando alimento al necesitado y trabajo al obrero y tierras al hombre del campo y bienestar a todos. Quizás por un tempranero sentido de justicia -entendida como la posibilidad de alcanzar el bienestar y el acceso a la tierra y los alimentos equitativamente-, a Zelmar le resultaba perturbador ver aquella legión de, tal como los definió, «niños mal vestidos y rotosos» que pedían limosna y salió a su cruce apenas bajó del tren al llegar a Rivera. Elisa fue testigo de cómo Zelmar, presa de la angustia, se conmovió por una ciudad a la que parecían sobrarle angustias v faltarle «comodidades y adelantos». «Es una ciudad de mala muerte», le dijo Zelmar. Ella, que lo había conocido siete años antes, sabía cómo nadie que aquellas preocupaciones de su futuro esposo eran legítimas. Tenían sus raíces en las enseñanzas del padre de Zelmar, un prestigioso dentista llamado Pedro Michelini, que había fallecido tres años antes del viaje a Rivera y que había hecho de la solidaridad un culto, una forma de vida v una manera de eiercer su profesión. Entre otras cosas, fue odontólogo en el Hospital Fermín Ferreira, donde atendió

do o un revolucionario y el progreso constructivo

18 I jueves 28 de abril de 2016 I **N° 514 VOCES VOCES** N° 514 | jueves 28 de abril de 2016 | 19

ADELANTO EXCLUSIVO





Con Luis Batlle Berres.

a centenares de personas carenciadas. Por actitudes como esa, don Pedro despertó la admiración de su hijo. A tal punto que muchos años después, en 1971, Zelmar publicó un libro que empezaba diciendo: «A mi padre, Pedro G. Michelini, visionario de un mundo mejor».

Zelmar Raúl Michelini Guarch vino al mundo el 20 de mayo de 1924 y llegó a un hogar de profunda matriz colorada, signado –como todo el país– por la larga sombra de José Batlle y Ordóñez. Y a un Uruguay regido por la democracia plena y una floreciente participación ciudadana. Fue el segundo hijo de don Pedro Guillermo Michelini Laurenti con Aída Jacinta Guarch Carrión.

(...) A principios de la década del 20 los desajustes

económicos dejados por la primera querra mundial se habían esfumado y, aunque con algunos altibajos, Uruguay logró cierta estabilidad y alcanzó una recuperación financiera sostenida. Pero pronto el país se vería afectado por la caída de precios y los cada vez más bajos índices de exportación, en especial los vinculados con la producción ganadera. La balanza económica quedó atada y dependiente de las fluctuaciones de los mercados internacionales, por lo que la crisis que afectó especialmente a la Europa de posguerra llegó a impactar en Uruguay. Y si bien influyó negativamente en su línea de flotación, también sucedió que la recuperación que Europa empezó a registrar a partir de 1924 arrastró hacia arriba al país. Así se mantendría hasta el desplome de la bolsa de Nueva York en 1929. En la familia Michelini-Guarch los problemas económicos eran sobrellevados a distancia porque Pedro atendía una numerosa clientela en el consultorio que montó en su propia casa, en el edificio de Cuareim y San José. Había sido un estudiante brillante –graduado con medalla de oro– que el tiempo y la experiencia habían transformado en un reputado odontólogo. Al apartamento se llegaba través de un corredor en la entrada, que Pedro había dividido a la mitad con una mampara para separar las habitaciones de la familia – que daban hacia la calle - de las del consultorio de odontología, ubicadas más al fondo. En ese corredor que comunicaba toda la casa, Zelmar empezó a jugar y a aprender a caminar. La creciente demanda de los clientes de su padre fue tal que, además de disparar generosamente la prosperidad de la familia, obligó a Pedro a contratar un asistente. Un día se presentó ante él un joven necesitado de trabajo. «Mi nombre es Juan Carlos Onetti», dijo el muchacho,

lejos aún del brillante periodista y escritor en el que se transformaría con el paso de los años. Pedro lo incorporó como su ayudante y le empezó a enseñar algunos secretos de la profesión. Onettí trabajó allí durante un buen tiempo. Años después Zelmar y Onetti pasarían por la redacción del diario Acción y el semanario Marcha.

Amores de escuela

poemas», dijo Margarita.

Zelmar se preparaba para calzarse la moña y empezar la enseñanza primaria en tiempos en que el batllismo era severamente cuestionado. Ajenos a aquel mundo de fuego cruzado, en la casa de los Michelini-Guarch los problemas eran más domésticos aunque no por eso menos preocupante. Zelmar presentaba cierto grado de tartamudez y sus padres evaluaban los caminos para «curarlo», sobre todo porque el padecimiento distorsionaba su proceso de aprendizaje escolar. (...)A Zelmar le tocó el número de matrícula escolar 8.205 e ingresó a la Escuela República Argentina el 2 de junio de 1930 y cursó el primer año de enseñanza primaria en apenas cinco meses y medio. Fue aprobado con «sobresaliente» y con un «muy bueno» en conducta. Como contó Aída, para esa época, ya le habían empezado a llamar «Pito», un sobrenombre que muchos entienden nació en lo afinado de su voz. Según su hija Margarita quizás también le decían así porque «era muy conversador», un «piquito de oro». «Hablaba muy rápido. Aunque eso se contradice con el cuento de que papá era tartamudo y lo ayudaron a superar el problema haciéndolo recitar

En 1936 Zelmar empezó a concurrir al Liceo Rodó, luego de superar el examen de ingreso. Promediando la década del 30, su vida se dividía entre el estudio y el fútbol. Con la adolescencia empezaron las primeras salidas con amigos. (...)Fue capitán del club Potosí Carrasco, un equipo de la Liga Universitaria, y llegó a integrar la selección de la Liga. Su puesto en la cancha era lateral (half) derecho y casi siempre, luego de cada partido -y a veces casi sin bañarse-, se iba con algunos amigos a Maroñas. En uno de esos partidos es que recibió un tremendo pelotazo en la nariz que le torció, para siempre, el caballete: aunque Lalo Cerdeira contó que la marca indeleble en la nariz de Zelmar fue consecuencia de un puntapié accidental que le dio otro jugador. Zelmar llegó a jugar en el estadio Centenario. Milton Schinca estaba sentado entre el público que lo vio. «Conservo nítido en la memoria un quite magistral que le vi hacer, con una limpieza y una elegancia que me hicieron acordar en ese momento a la levedad y el estilo impecable de aquel back (o poeta) de Nacional, Raúl Pini», recordó en una entrevista con el periodista César Di Candia. Raúl el Cachorro Pini fue un destacado jugador que, con Nacional, conquistó cuatro veces el Campeonato Uruguayo, y luego brilló en equipos de Colombia y Perú. El dibujante Hermenegildo Sábat, quien luego sería compañero de Zelmar en el diario Acción, también estaba en el estadio aquella vez. La primera noticia que tuve de Zelmar –cuenta Sábat– fue en un preliminar de un clásico entre Peñarol y Nacional en el estadio jugando de half derecho para el Potosí Carrasco. No recuerdo contra quien jugaban, pero sí que me llamó la atención su figura y su actuación. Luego lo vi casi diariamente en el diario Acción, donde trabajé entre febrero de 1955 hasta marzo de 1957. Era desde ya una personalidad magnética, con ojos y conducta transparentes. Me consta que tenía éxito con las mujeres, pero como no soy seguidor de chismes no puedo agregar nada más. Sí puedo referir que lo vi varias veces en Aeroparque los domingos de noche de vuelta de las carreras. Las veces que lo volví a ver fueron de encuentros casi familiares: abrazaba de manera genuina. No era como [el expresidente] Tomás Berreta, a quien Julio Suárez llamaba 'sol de enero' (por lo abrasador). En la Cámara o en la calle, durante sus discursos no había con qué darle. La última vez que compartí un almuerzo con él fue en Buenos Aires, en un restaurant en la calle Bouchard, frente al Luna Park. Estaba sorprendido y dolorido con la gestión de Pacheco Areco.

El camino político

(...) Zelmar se acercó a Luis Batlle Berres. (...) Para Pedro Michelini Guarch, el hermano de Zelma Jorge Batlle quien «arrimó» a Zelmar a Luis Batlle. «Seguramente por instrucciones de don Luis Batlle o por inquietudes propias de llevar gente de valor a 'la quince', fue que Jorge se lo presentó», contó Pedro ante Di Candia. Zelmar quedó impactado con Luis Batlle –sostuvo el hermano de Zelmar– y relataba con orgullo el episodio en que lo había conocido. Lo que no sabía era que Luis Batlle también había quedado impresionado con él. Poco tiempo le bastó para ser el hombre más brillante y de más confianza de don Luis. Tal vez porque era contestatario, porque no decía a todo que sí, porque se le enfrentaba cuando creía que debía hacerlo. Batlle lo escuchaba.

LIBRO DE ZELMAR MICHELINI

mar condiciones que no veía en Jorge y que hubiera querido que éste las tuviera. O de pronto las tenía y no había sabido encontrarlas. Para ayudar a despejar estas dudas, Jorge Batlle recordó los tiempos en los que se conoció con Zelmar: A Pito lo conocí en la facultad y en el Centro de Estudiantes de Derecho. Un buen día lo llevamos con [el dirigente colorado] el petiso Ricardo Capeletti Vidal a camino de las Tropas, donde vivíamos, para que conociera a mi padre. Recuerdo que la primera cosa que hizo fue comerse todo el dulce de leche que le ofrecieron (risas). Pito era un poco mayor que nosotros y la relación que teníamos estaba vinculada a la agrupación gremial que nosotros habíamos conformado en el Centro de Estudiantes de Derecho. Era un conjunto de muchachos mayores que nosotros que pertenecían a una línea política que se sintió muy cómoda cuando algunos de ellos empezaron a trabajar en política junto a mi padre. En el caso de Zelmar lo que hicimos fue establecer esa conexión, que luego continuó y se profundizó de una manera enorme. A tal punto que Zelmar, en los años que trabajó con mi padre, hasta 1962, se transformó en uno de los hombres más importantes de la lista 15. Fue secretario político, legislador y hombre de confianza de su líder máximo, que en esa época era el señor Luis Batlle. Zelmar era el hombre con quien había que hablar para tener las cosas bien planteadas y fluidas puesto que él era el secretario general del movimiento político. Ya desde el 50 y pico estábamos trabajando, por lo que veníamos participando en esto desde muy jóvenes. En mi caso, al principio no fui candidato a nada y recién lo fui en 1959. Estaba en el último lugar de la lista (risas). Más allá del derrotero previo y del detalle de cómo y quién allanó el camino para que Zelmar conociera al presidente Batlle Berres, lo cierto es que entre ellos hubo un deslumbramiento mutuo y, junto a él, Zelmar empezaría a calzarse los pantalones largos de la política. Luis Batlle intentaba emular la experiencia realizada por su tío, don José Batlle y Ordóñez, quien en 1904 y 1911 se rodeó de un grupo de jóvenes entusiastas y talentosos. Alrededor de Luis Batlle apareció entonces una savia nueva integrada por Zelmar y, entre otros, Flores Mora, Glauco Segovia, Julio María Sanguinetti, Guzmán Acosta y Lara, Norberto Sanguinetti, Tabaré Hackenbruch, Luis Hierro Gambardella y Amílcar Vasconcellos. El grupo fue llamado popularmente como «los jóvenes turcos» del batllismo por su postura «radical y sin concesiones». La denominación se inspiraba en la experiencia del partido reformista y nacionalista turco Comité de Unión y Progreso (CUP), que organizó una rebelión contra el sultán Abdul Hamid II. El CUP gobernó el Imperio Otomano desde 1908 hasta 1918 e intentó transformar al país en una nación moderna, democrática y laica.

amigo del hijo, pero yo creo que Batlle veía en Zel-

El diputado incansable

construyendo paso a paso una «impresionante popularidad», tal como dijo su hijo Luis Pedro. Su gran carisma y capacidad oratoria fue cosechando adeptos y dejando huellas en los lugares por los que pasó. Atrás habían quedado los lejanos tiempos en los que deslumbraba en los patios de la Escuela República Argentina, en su paso por el gremio del Liceo Rodó y luego en la militancia en la facultad. Su destacada actuación en el gremio de los bancarios, sumado al apoyo de Luis Batlle Berres, lo catapultó al centro de la escena nacional como uno de los más destacados y promisorios dirigentes del nuevo firmamento político. Este creciente prestigio se transformó pronto en un sólido caudal electoral y la plataforma que le permitió llegar, por primera vez, a ser diputado. Entre sus votantes había desde amigos de la infancia hasta quienes, a pesar de conocerlo de poco antes, habían resultado encantados por su seductora figura. Asumió su banca en 1955 y llegó al Parlamento justo cuando se apagaban los últimos destellos de una prolongada bonanza económica en el país.

(...) Bajo el ala de Luis Batlle Berres, Zelmar fue

(...) Al tiempo que llegaban los primeros hijos, Zelmar iba teniendo una agenda cada vez más cargada, lo que empezó a condicionar sus tiempos



Con Wilson Ferreira Aldunate.



Con Jorge Pacheco Areco.

en el hogar y, muchas veces, los paseos de la familia. Según cuenta Margarita, en aquella primera época no era habitual que fueran de vacaciones, aunque con frecuencia bajaban a la cercana playa Pocitos. Para Elisa Michelini, la situación se hizo más compleja en sus tiempos de diputado, porque durante los veranos Zelmar no se podía alejar demasiado de Montevideo «ni por mucho tiempo» porque siempre estaba en la Comisión permanente o en otros temas. (...)La comida preferida de Zelmar eran los milanesas con puré que hacía Dora, generalmente como menú de los sábados. Además, le gustaban las costillitas de cerdo, las minutas, el queso, las castañas de Cajú, las pasas de higo, el chocolate y los duraznos. En Buenos Aires era gran consumidor de bife de chorizo con

papas fritas. Sus postres preferidos eran el budín de pan v el flan. No tenía la costumbre de cocinar v su bebida predilecta era la Coca Cola, con la que solía acompañar almuerzo y cena. «Los sábados eran una fiesta para nosotros», dice Cecilia. Almorzaban todos juntos y para eso se preparaban dos kilos de carne para milaneses y tres kilos de papas. «El gran trabajo era pelar las papas –dice Aurora Tabárez, a quien llamaban Dora, que fue contratada para colaborar en las tareas de la casa-. Y hacer los milanesas. Mientras yo las empanaba, Cecilia las freía. Generalmente Michelini traía salame, jamón y queso y nosotros nos íbamos comiendo todo (risas)». Dora solía acompañar a los hijos de Zelmar hasta la cercana playa de Kibón y pasaba tardes enteras con ellos. También

20 | jueves 28 de abril de 2016 | N° 514 **VOCES N° 514** I jueves 28 de abril de 2016 | **21**

ADELANTO EXCLUSIVO



Zelmar y toda su familia con Oscar Gestido.

colorados empezaría a resquebrajarse, por un lado,

porque en los meses siguientes se sucedieron varias

interpelaciones a los ministros que contaron con los

que se habían enfrentado al gobierno. Y por el otro,

votos favorables de la 99 y las otras agrupaciones

porque entre finales de 1968 y gran parte de ese

1969 el Senado empezó a recibir las denuncias de

las víctimas de la represión del gobierno de Pacheco

y Zelmar se involucró profundamente con el tema.

«frente común» opuesto al gobierno comenzaron

a construir, sobre todo en el Parlamento, un nuevo

espacio definido por una acción en sintonía. Algunos

dirigentes batllistas resolvieron y lograron convocar

Los colorados que se encontraron haciendo un

hacía los refuerzos de pan y fiambre para la gente que venía a colaborar con la 99 y las tortas para los cumpleaños. «Siempre los sentí como hijos míos», dice Dora.

(...) El Parlamento sería el nuevo escenario donde Zelmar, además de su cautivante oratoria, pudo demostrar que, a la hora de las discusiones, era capaz de sostener un intercambio respetuoso pero firme con sus eventuales «contrincantes» políticos. Enrique Martínez Moreno sostuvo en entrevista con Di Candia que Zelmar fue «un polemista brillante, difícil de vencer», aunque «tal vez un poco ingenuo, porque sostenía el principio que los adversarios siempre actúan lealmente». Según él, Zelmar nunca suponía malas intenciones en nadie, «ni en la política ni en su vida diaria», y «se negaba a admitir que en la política muchas veces se actúa de mala fe. Estaba preparado –hoy se diría 'programado' – para la lucha franca y a esa lucha se dedicaba".

La salida del Partido Colorado y el nacimiento del Frente Amplio

A fines de 1967 y principios de 1968 Zelmar se reunió dos veces con el presidente Jorge Pacheco Areco con el objetivo de apoyarlo y para trabajar en la –en ese momento urgente– unidad del partido. El presidente coincidió con él en la necesidad de enmendar las fisuras internas de los colorados y adelantó que entre sus planes estaba el de convo car a la Agrupación Colorada de Gobierno (ACG). El 1. ° de marzo incluso lo mencionó específicamente en un discurso que pronunció en Paysandú. Los servicios de inteligencia detallaron en la ficha personal de Zelmar que el 22 de marzo de 1968 se entrevistó con el presidente «considerando diversos temas políticos». Zelmar apostaba a que en la ACG podría expresar sus discrepancias con el camino – sobre todo en materia económica y el vínculo con la oposición- que estaba recorriendo el gobierno. Pero los vientos cambiaron rápidamente. A escasos seis días de haber asumido como presidente, Pacheco decretó la ilegalización del Partido Socialista,

el MRO, la FAU y otras agrupaciones, además de clausurar el diario Época y el semanario socialista El Sol. La medida se basó en el argumento de que eran grupos y publicaciones que «apoyaban la vía armada». Según algunas versiones, Gestido había firmado este decreto antes de morir. La policía allanó Casa del Pueblo –la sede central del Partido Socialista – además de varios locales partidarios. Se requisaron libros, cuadros, muebles, textos y afiches. Según fuentes del MLN, para ese 1968 en la interna del MLN Sendic intentaba delinear un movimiento que trascendiera a la izquierda. Por eso seguía con atención algunas corrientes renovadoras, progresistas, dentro de los partidos tradicionales. En especial a Gutiérrez Ruiz y a Zelmar. De hecho, había instruido a gente de su confianza para que contactara a Zelmar y le hizo llegar una carta que era una especie de presentación y un saludo. Se dice que Sendic veía con buenos ojos algunas ideas de Zelmar y que incluso a veces, cuando se reunía la cúpula del MLN, se planteaban algunas de las cosas que había dicho Zelmar. Por ejemplo, la recordada invasión de la URSS a Checoslovaquia –la incursión militar por las tropas de los cinco países socialistas del Pacto de Varsovia-. Zelmar, al igual que Sendic,

(...) A principios de 1969 las aguas se aquietaron temporalmente en la interna colorada. El senador de la lista 15 Héctor Grauert fue el intermediario entre los distintos sectores para lograr encontrar un punto de equilibrio, armonía y unidad. Se reunió con Zelmar y Vasconcellos y, aunque ambos sostuvieron que las discrepancias con el gobierno se mantenían, se mostraron proclives al acercamiento de las partes. Si bien el gobierno levantó las medidas prontas de seguridad, los salarios y precios siguieron congelados y los entes intervenidos, Zelmar declaró a la prensa: «Es un primer paso hacia la normalización del país. En el siguiente e inmediato, habrá que restituir a los directores separados de sus cargos en su totalidad; nosotros votaremos las venias correspondientes para proveer los cargos vacantes en los Directorios intervenidos». El clima de entendimiento entre los

la Convención para reconstruir al partido, pero las crispaciones con el gobierno seguirían en aumento. Respecto a las torturas, en el mencionado libro de Di Candia, Alba Roballo recordó: «Michelini se metió en esta investigación como en ningún otro trabajo en su vida. No tenía morbosidad ni ánimo de escándalo. Su actuación fue serena y valiente». Las paredes del Palacio fueron testigos del trabajo diario y, como se señaló, de la comunión entre Roballo, Vasconcellos y Zelmar. Esa cercanía periódica ambientó que entre los tres empezaran a dar forma, en el Senado, criticó aquellas acciones. a una corriente de «izquierda batllista» –un tercer polo- dentro del Partido Colorado. (...) Las conversaciones en ese sentido avanzaron y su entusiasmo fue creciendo. Una de las novedades resultó la idea -que Zelmar promovió calurosamente- de que el general Líber Seregni fuese el eventual ca a la presidencia por el grupo. Seregni había conocido a un joven y promisorio Zelmar muchos años antes, durante el primer colegiado blanco. Quizás el objetivo de Zelmar fue, con la mira puesta en las elecciones de 1971, interponer una figura colorada de fuste como para equilibrar la proyección que, sin descanso, ganaba Wilson Ferreira Aldunate. Todo hace pensar que ya entonces Zelmar le había descubierto a Seregni sus condiciones de líder. (...) El 5 de diciembre, el Congreso de la 99 confirmó su posición y resolvió por unanimidad abandonar el lema Partido Colorado y sumarse a la



Acto del Frente Amplio el 26/3/71 con Seregni, Arismendi y Juan Pablo Terra.

construcción de un «frente amplio». La decisión se tomó luego de una extensa reunión que se llevó a cabo justo debajo de una enorme bandera que flameó sobre los dirigentes y que rezaba «Cuando en el gobierno hay tiranos, se borran las cuestiones partidarias para dar entrada a un solo partido: el de la dignidad». En la prensa se dijo que se apostaba a la formación de un «frente político amplio» y se reprodujo un comunicado de la agrupación detallando los motivos por los cuales se desvinculaban del partido que la vio nacer. Entre varios puntos, se dijo que «las orientaciones ideológicas de la 99 son incompatibles con la filosofía y las prácticas políticas y policíacas del actual gobierno y con las fuerzas que directa o indirectamente lo respaldan». Dos años después contaría Zelmar, durante un debate en el Senado: «Nos fuimos explicando las razones por las cuales nos retirábamos, para defender, precisamente, nuestras ideas, y más convencidos que nunca que teníamos que luchar por ellas, no dando nuestro voto a quienes, en última instancia, eran nuestros enemigos e iban a imponerle al país las condiciones que no queríamos». Este hecho, sumado a la desvinculación del Movimiento Blanco Popular y Progresista (MBPP) – de Francisco Rodríguez Camusso- del Partido Nacional daría pie a la creación del llamado «Frente del Pueblo», antesala de la fundación del Frente Amplio. En esa jornada de diciembre, la agrupación de Zelmar emitió una declaración donde se sostuvo: Es firme y decidida aspiración del Congreso Nacional la construcción de un Frente político amplio, que signifique la conjunción de las fuerzas populares, facultando al Comité Ejecutivo Nacional para concertar los acuerdos conducentes, sobre la base de la plena vigencia de los principios democráticos y de autodeterminación e independencia política y económica de los pueblos, de lo cual se mantendrá informada a las bases.

(...) Con el batllismo a cuestas, y convencido de que ya no tenía lugar -político, ideológico y filosóficodentro del Partido Colorado, Zelmar dio un salto al vacío v apostó a formar un tercer bloque que intentaría romper la hegemonía blanquicolorada. Más de 30 años después de aquel movimiento inicial y luego de 12 de dictadura, el Frente Amplio -el mismo que él contribuyó en esencia a crear-formaría parte de la coalición Encuentro Progresista / Nueva Mayoría y alcanzaría finalmente el gobierno. En la historia del país, aquel no fue el primer intento de formar un «frente» que aglutinara a corrientes, partidos y hombres con una visión de país en común, pero sí el que lo materializaba de una forma sólida. El nombre de Zelmar giró en torno a esos varios intentos que precedieron al Frente Amplio. Para varios, cometió un error -cuando no un apresuramiento- al salirse

del Partido Colorado. Su suerte, dicen, hubiera sido distinta si hubiera permanecido en el lema, a la espera de vientos más favorables para él y su agrupación.

(...) El 5 de febrero de 1971 las principales figuras de la nueva fuerza política, que respondían al llamado del «Frente del Pueblo», realizaron una sesión en la antesala del Senado del Palacio Legislativo. Fue un amanecer lluvioso pero caluroso. A las 11 de la mañana tuvo lugar el cónclave entre los 11 grupos políticos fundadores del Frente Amplio y el llamado «Comité Ejecutivo Provisorio de los Ciudadanos» que formuló el llamamiento del 7 de octubre de 1970 con el general Arturo Baliñas como principal figura. Allí se constituyó formalmente el Frente Amplio. Por la tarde, a las 17 horas, se reunió por primera vez su Plenario Nacional en la sede del Partido Demócrata Cristiano, ubicada en la plaza Libertad. Fue nombrada entonces una Mesa Ejecutiva provisoria integrada por 11 miembros que tendría un presidente rotativo. El primero en presidir esa reunión inaugural fue Zelmar. Hubo personalidades «invitadas», como los generales Líber Seregni y Víctor Licandro, Julio Castro y una delegación de la Convención Nacional de Trabajadores encabezada por su presidente José D'Elía, entre otros. Ese mismo día quedaron establecidas cuatro comisiones: de Trabajo, de Programa, de Organización, de Compromiso Político y Jurídico Electoral. El 10 de febrero la Unión Popular, de Enrique Erro, luego de una asamblea realizada en Rondeau y Agraciada, se sumó formalmente al Frente Amplio. Le seguirían el Movimiento Pregón «Julio César Grauert» de Alba Roballo y el Partido Revolucionario de los Trabajadores. Una semana después, la nueva fuerza política aprobó sus «Bases Programáticas» con 19 numerales que se nuclearon en cinco capítulos: «Libertades, derechos y garantías»; «Política internacional»; «Reforma de la estructura económica y social»; «Política social y educativa» y «Política institucional». En esos días, todos quienes habían decidido plegarse a la flamante agrupación no disimulaban su entusiasmo, imbuidos por lo que consideraban el nacimiento de una fuerza «genuinamente popular» y «antiimperialista».

(...) Zelmar se zambulló con pasión en la campaña electoral de cara a las elecciones de 1971. Preparaba discursos, los repasaba, los corregía y los repetía, y luego iba de acto en acto desplegando su enorme capacidad oratoria a la que agregaba, como desde siempre, altas dosis de seducción. A esas alturas sus hijos mayores ya tenían asumidas algunas posiciones políticas e ideológicas que, en algún caso, distaban del camino que él estaba siguiendo. De todas formas, nunca los presionó o intentó acercarlos a las suyas. «Piensen con sus cabezas», les insistía. Sus

hijos le devolvieron la deferencia –que seguramente se mezcló con el amor filial-votándolo en toda oportunidad que tuvieron.

(...) El 26 de marzo de 1971 hubo un multitudinario acto del Frente Amplio. Unos días antes del encuentro que marcaría un hito histórico en la izquierda, Zelmar fue entrevistado por el diario El Popular y anticipó algunos de los puntos que se abordarían esa

LIBRO DE ZELMAR MICHELINI

noche. El Frente Amplio nace precisamente para defender tanto la libertad económica como la libertad de pensamiento –dijo Zelmar–. Los torpes y malevolentes han pretendido ver en el Frente Amplio la posibilidad de la eliminación de algunas garantías individuales y colectivas. Justamente lo que ha hecho el Frente Amplio durante todo ese tiempo, cuando aún no estaba formado y cuando coincidíamos en el Parlamento con otras fuerzas políticas, fue precisamente coincidir en la lucha por la plena vigencia de los derechos individuales y colectivos. Según El Popular, esa «tajante» afirmación de Zelmar subrayaba «la importancia que en el Programa del Frente Amplio se le asigna a la defensa de las libertades», un tema de «palpitable y dolorosa actualidad». El diario señaló que ese programa se estaba «difundiendo masivamente, casa por casa, a lo largo y a lo ancho de todo el país» y que iba a ser proclamado en el «mitin monstruo» del 26 de marzo. El acto se realizó en la explanada de la Intendencia de Montevideo. Seregni había «estrenado» su condición de candidato pocos días antes en una reunión con estudiantes de medicina en el teatro El Galpón. Justamente en la Facultad de Medicina se repetía el latiguillo que sería casi un santo y seña del Frente Amplio: «Un pueblo unido, jamás será vencido». Aquella noche, uno a uno fueron subiendo al enorme escenario los distintos integrantes de la flamante coalición, mientras eran recibidos por interminables aplausos y gritos: Alba Roballo, Rodney Arismendi, Juan Pablo Terra, Oscar Bruschera, Juan José Crottogini, Hugo Villar, Víctor Licandro, Enrique Baliñas, Héctor Rodríguez, José Pedro Cardoso, Vivián Trías, Carlos Quijano, Julio Castro, Francisco Rodríguez Camusso, Enrique Rodríguez Fabregat, Zelmar, y otros tantos. Por los parlantes se emitían canciones de Alfredo Zitarrosa, Los Olimareños y Daniel Viglietti, entre otros. «Orientales al Frente, la Patria nos llama» fue la consigna con la que se convocó a las más de 100.000 personas que se reunieron en los alrededores del estrado. A su turno, Zelmar pronunció un enérgico discurso, alzando la voz y gesticulando apasionadamente, y dijo: "¡El pueblo unido jamás será vencido! Que esta sea una noche de paz. Que esta sea una noche de optimismo y de esperanza. Los hombres aquí reunidos, procedentes de las más distintas extracciones políticas y sociales, consustanciados fundamentalmente con una misma idea, puesta la mirada en la lontananza para buscar un futuro para la República, quiere fundamentalmente un pueblo feliz, un pueblo optimista, un pueblo alegre. Esta es una noche por sobre todas las cosas de paz, de alegría, de esperanza. No podemos darle mejor mensaje, nos surge de adentro, se hace palabra y recorre todos los caminos, golpea en todos los pechos y alerta todas las mentes. Sí, pueblo uruguayo, hay esperanza. Sí, pueblo uruguayo, habrá libertad. Sí, pueblo uruguayo, habrá patria para todos. [...] Cuando sentíamos que no había posibilidad de expresarse, cuántas noches y tardes no pensamos en una hora como esta de reencuentro de todos los orientales.

El golpe de Estado y el comienzo del exilio

(...) Entre febrero y junio de ese 1973 el golpe de Estado «definitivo» se fue cociendo al lento pero irremediable fuego de las Fuerzas Armadas. Las señales, al principio confusas, respecto al carácter «peruanista» del movimiento militar se fueron apagando. En ese intervalo de casi cinco meses, como sostuvo el historiador y periodista Lincoln Maiztegui Casas, «como flecos de un abrigo desgastado, fueron quedando las expectativas de algunos sectores, en particular de la izquierda, respecto al signo 'peruanista' o 'progresista' de aquel proceso».

(...) El martes 26 de junio fue un día vertiginoso. Bordaberry finalmente logró el apoyo de Alberto **22** | jueves 28 de abril de 2016 | **N° 514** | jueves 28 de abril de 2016 | **23**

ADELANTO EXCLUSIVO





Demichelli y, a la vez, consultó a Pacheco, embajador en España, sobre los pasos a seguir. El expresidente le respondió que no le correspondía juzgar desde la distancia, pero igualmente le pareció exagerado justificar el golpe en la decisión del Parlamento de no votar el desafuero de Erro. Por la mañana los tres comandantes de las Fuerzas Armadas se reunieron con el ministro de Economía, contador Moisés Cohen, para evaluar una serie de medidas que se aplicarían apenas consumado el quiebre institucional. Enrique Erro estaba en Buenos Aires como invitado a los festejos por el retorno del Gral. Juan Domingo Perón a Argentina. Era un hecho que a su regreso, apenas pisara suelo uruguayo, sería detenido y, por efecto dominó, eso precipitaría el golpe. Además, el rumor de que Zelmar, Wilson y Héctor Gutiérrez Ruiz también serían detenidos sobrevoló el escenario político.

(...) En la mañana del 26 la Mesa Política del Frente Amplio, que se había declarado en sesión permanente, discutió los pasos a seguir para intentar que Erro se quedara en Buenos Aires como forma de estirar todo lo posible lo que se sabía inevitable. Se definió entonces que la mejor opción era que Zelmar viajara a la capital argentina para alertarlo y retenerlo allí. El objetivo y la estrategia apuntaron a que quizás, si se evitaba su detención, se podría dilatar el golpe. Zelmar planteó sus reparos porque quería permanecer en el Parlamento y esperar allí la hora fatal. Su suerte se definió en una reunión que tuvo con Seregni, en la que fue la última vez que se vieron. «Aunque parezca mentira, tuvimos que dedicar tiempo a la tarea de juntar dinero para pagarle el pasaje a Buenos Aires», recordaría luego el general. Por la mañana Zelmar había visitado a Wilson en su casa de la Avda. Brasil y la Rambla. Estuvieron durante un largo rato analizando la situación y con la misma opción del viaje de Zelmar sobre la mesa. Zelmar intentó, en vano, convencer al caudillo blanco de que él también debía irse del país.

Como una mueca paradójica del destino, ese 26 de junio, además de las intensas horas que se vivían, era el cumpleaños número 24 de Eli, la hija presa de Zelmar. La familia decidió ir a visitarla en pleno, por lo que Zelmar, su esposa y sus hijos estuvieron con ella esa tarde y en un improvisado coro –al que se sumaron las otras reclusas–, le cantaron el Feliz cumpleaños. Zelmar vivía sus últimas horas en suelo uruguayo y esa fue la última vez que se reunió la familia Michelini-Delle Piane completa.

(...) Antes de viajar a Buenos Aires, Zelmar per-

maneció en el Senado hasta caer la tarde. (...)En el mismo momento en que Zelmar llegó al Aeropuerto Internacional de Carrasco, su hijo Chicho era uno de los oradores en un Encuentro Nacional de Estudiantes que se llevaba a cabo en el Paraninfo de la Universidad. Eran las 20:08. A las 20: 35 Zelmar, anotado con el número 29 en la lista de pasajeros, partió en el vuelo 309 de la empresa Austral. Su esposa Elisa recordó en una entrevista: «Cuando se fue me saludó y me comentó a qué iba a Argentina. En ese momento pareció ser un 'hasta luego'. Sin embargo después hablamos por teléfono y me dijo que todo se había complicado, que el regreso no sería tan pronto». Apenas descendido en el aeropuerto de Ezeiza, Zelmar se cruzó con Erro en la sala de embarque, quien estaba haciendo los trámites migratorios para, en sentido inverso, volverse a Montevideo en el mismo avión que había llevado a Zelmar. Lo corrió, lo detuvo, lo tomó del brazo y se lo llevó. En la noche Zelmar se comunicó telefónicamente con Wilson, con Seregni y con Hugo Batalla. Seregni recordó: «Me llamó diciendo que había llegado y preguntando cómo estaba todo. Le digo: 'Zelmar, la cosa ya está, el decreto prácticamente está pronto'. 'No puede ser', contesta. Y le dije: 'Quedate ahí, no te muevas'». Así empezaba el exilio de Zelmar, del que no volvería jamás.

Los secuestros

El 7 de mayo –11 días antes de que Zelmar fuera secuestrado – Juan Carlos Blanco, ministro de Relaciones Exteriores de Uruguay, y su par argentino, el almirante César Augusto Guzetti, se reunieron en un barco que navegaba las aguas del delta del Paraná. Si bien Blanco luego negaría que en ese encuentro se abordó la situación –y eventualmente la suertede Zelmar, Gutiérrez Ruiz y Wilson, los hechos que empezaron a desencadenarse muy poco después dejaron la puerta abierta al menos al beneficio de la duda.

(...)Zelmar se sabía amenazado, pero apostaba a una negociación política que permitiera la apertura democrática en Uruguay y entendía que su presencia ayudaría y era incluso fundamental en ese camino. Eso, sumado a la angustia por la situación de su hija Eli y la incertidumbre económica que intuía le podría generar a su familia si se trasladaba a otro país, lo «retenía» en Buenos Aires. Según algunas versiones, por esos tiempos la dictadura uruguaya incluso había montado una cárcel clandestina en una casa que había sido del Partido Comunista, en la zona de Lezica, para, luego de traerlo desde Argentina, recluirlo allí junto a Gutiérrez Ruiz y a Wilson. Según recordó Chicho, en esa época su padre estaba «muy inquieto» y sentía que «el círculo se estrechaba sobre él, que el gobierno uruguayo lo estaba hostigando, pero en ningún momento pensó en irse.» Dentro de aquel escenario sombrío, Zelmar se mostraba satisfecho con su comercio y si bien se quejaba de lo que caro que estaba Buenos Aires, solía decir que, «por suerte, el negocito marchaba». Por esos días su rutina comenzaba a las seis de la mañana, cuando se iba a abrir el local. A las 11 se volvía al hotel a «atender mucha gente», luego de lo cual se ponía a escribir. A las dos de la tarde se iba al diario y de noche volvía al kiosco para cerrar-

(...) A las 5:30 de la mañana del 18 de mayo de 1976 varios vehículos estacionaron en la puerta del Liberty, donde vivía Zelmar. El hotel estaba ubicado cerca del edificio de la empresa Entel y de la Embajada de Estados Unidos; sin embargo, tal como había sucedido un rato antes en el operativo en la casa del Toba, los secuestradores se movieron con total impunidad, dando la sensación de que el área era «zona libre». Bajó un grupo de unos 15 hombres, que se presentaron ante Mario Procacci, el conserje, y lo intimaron para que les dijera dónde se hospedaba exactamente Zelmar. -¿Cuál es la habitación de ese marxista e hijo de puta de Michelini? -dijeron, según contarían después algunos testigos. Luego de algunas dudas, finalmente les informaron que era la habitación n.º 75, en el séptimo piso, y les dieron la llave. –Estamos en guerra. Vamos a llegar a ese marxista -comentaron, y subieron.

lo. «Como dice Machado, todo pasa y todo queda», comentó, algo optimista, en una carta que le escribió

por esos días a un amigo.

Luis Pedro, uno de los hijos de Zelmar, estaba durmiendo en la cama más cercana a la entrada, por lo que fue el primero en sentir un golpe y ver cómo la puerta se abría violentamente. En la penumbra vio ingresar a varios hombres vestidos de civil y uno de ellos se dirigió directamente a él –le dio tiempo para ver que el secuestrador llevaba una campera azul-, lo encañonó y le dijo «tapate con la frazada». Los otros avanzaron en la pieza y rodearon a su padre. «Zelmar, te venimos a buscar, te llegó la hora», le dijeron. Zelmar les pidió para pasar al baño. Mientras, los hombres preguntaban con insistencia «¿dónde están las armas?», tomaron una frazada y empezaron a meter en ella todo lo que pudieron: una máquina de escribir, prismáticos, una grabadora, una máquina de afeitar eléctrica y hasta un billete de cien dólares.

Ya había sido secuestrado Héctor Gutiérrez Ruiz. Y fueron por Wilson Ferreira Aldunate, quien avisado a tiempo, logró escabullirse. (...) Durante los siguientes tres días nada se supo de Zelmar ni de Gutiérrez Ruiz, como tampoco de William Whitelaw y Rosario Barredo, que habían sido secuestrados poco antes. (...) Las últimas luces del 21 de mayo ya se habían apagado cuando un oficial de la Policía Federal argentina, llamado Carlos Washington Giménez, escuchó un aviso emitido por el Comando por la radio policial que daba cuenta de un auto «con cuatro personas en actitud sospechosa en su interior». Y daba las coordenadas de su ubicación: debajo de un puente, en la intersección de la avenida Perito Moreno y Dellepiane. Giménez se movilizó hasta la zona y dio con el vehículo, que no tenía chapa. A la altura del baúl, el pavimento presentaba una gran mancha de sangre. En su interior encontró un cuerpo, en el asiento trasero, que no se veía desde afuera. Era el de Zelmar. Los de Gutiérrez Ruiz, Whitelaw y Barredo estaban en el baúl del auto que se encontraba cerrado. A las 23 horas el vehículo fue trasladado a la comisaría.

(...) Los cuerpos de Zelmar y Gutiérrez Ruiz fueron trasladados por «el vapor de la carrera» hacia Uruguay. Pedro, el hermano de Zelmar, su esposa Hortensia Lerena y Luis Pedro viajaron en ese barco acompañando los féretros. El periodista Carlos María Gutiérrez recordó que durante la noche del velatorio, muchas personas desfilaron «hasta el alba frente al catafalco», desafiando a los fotógrafos policiales. La vereda hervía de inconfundibles policías de civil. [...] A la noche siguiente, media docena de amigos y familiares fuimos hasta un galpón de la Aduana desde donde Zelmar viajaría a Montevideo, en un retorno que la dictadura argentina quiso silencioso y nocturno. En aquellos barracones desiertos, pensé que Zelmar volvía triunfador pese a todo, convertido en símbolo indestructible -escribió Gutiérrez-. El barco, con 173 pasajeros -incluido un agente del Servicio de Información e Inteligencia de apellido Cabrera que se mezcló entre la gente para seguir de cerca todo lo que sucedía durante el viaje-salió desde puerto argentino a las 21 horas. El ataúd de Zelmar estaba envuelto en una bandera uruguaya. Sobre el féretro de Gutiérrez Ruiz se había depositado también el pabellón patrio. Según contó el wilsonista Ernesto



Berro, no era fácil conseguir la bandera, pero Óscar López Balestra tuvo una buena idea: fue a un hotel lujoso, de los que tienen la bandera de todo el mundo, y sacó la uruguaya.

(...) A una semana de los secuestros y con las primeras luces del día, el barco que transportaba los cuerpos llegaba al puerto de Montevideo. Eran las 8:05 de la mañana. A esa misma hora, en Buenos Aires el diario La Opinión comenzaba a poblar los kioscos con varias páginas –que incluían un plano que ilustraba los hechos- dedicadas a los asesinatos. Matilde y sus hijos habían arribado a Montevideo sobre las 21:30 horas de la noche anterior, en el vuelo 254 de Aerolíneas Argentinas. Viaiaron con «documentación provisoria» porque los secuestradores del Toba les habían llevado todo. Insólitamente los servicios de inteligencia anotaron que «habían extraviado los mismos en la República Argentina». Por su parte, Elisa e Isabel arribaron a Montevideo a las 19:20 horas en el vuelo 164 de PLUNA. Según los agentes de inteligencia que los siguieron desde Buenos Aires, fueron aguardados en el aeropuerto por unas 22 personas y luego todos se retiraron en los autos matrículas 257.883 y 284.529. Por esas mismas horas, un subcomisario de apellido Gatti les notificó verbalmente a los familiares del Toba que el sepelio debía hacerse «sin oratoria» y que las flores

«no podían llevar menciones políticas de ningún tipo». Quienes decidieran asistir debían esperar el cuerpo en el cementerio del Buceo. El mismo oficial concurrió luego a las oficinas de la empresa velatoria Novas para notificarles «con lujo de detalles de las medidas a tener en cuenta con motivo del sepelio del ciudadano Zelmar Michelini». Francisca Ruiz de Gutiérrez, la madre del Toba, dijo que, más allá de las medidas que se dispusieran, ella se haría presente en el entierro de su hijo. Muchos amigos y familiares desobedecieron la orden y aguardaron en el muelle, mientras los servicios de inteligencia fotografiaban a todos los presentes.

LIBRO DE ZELMAR MICHELINI

(...) Carlos Maggi recordó que a las ocho de la mañana lo llamó Jorge Batlle para ir juntos al cementerio Central. «Ahí nos reunimos, y tuvimos algún problema con los milicos que estaban a caballo, que querían disolver −dijo Maggi−. Nosotros que no nos movíamos, y Jorge Batlle se paseaba y decía «aquí nadie corre, ni se asusta, ni se mueve». Apenas fue depositado el féretro, el coronel Alberto Ballestrino, jefe de Policía de Montevideo y responsable del operativo, comenzó a gritar montado en su caballo: «¡A dispersarse! ¡Esto se acabó! ¡Cada cual para su casa!». Los pocos asistentes fueron casi arrastrados, atropellados por los caballos, hacia afuera del cementerio. ◀◀